

un buen animal en otro tiempo, ha hecho veinte campañas conmigo, pero hoy está ya fuera de servicio y no estoy por darle avena sin utilidad alguna. — ¡Cómo! á un animal que tanta parte ha tenido en vuestra carrera militar, ¿no os dignais alimentarle? Id en seguida á vuestra casa y dadle un sitio en vuestras cuadras y que sea tratado como todos vuestros animales domésticos, y si así no lo hiciéreis, dejaré de mirar en vos un caballero leal y os retiraré mi afecto.

§ VII. CARIDAD, BENEFICENCIA.

CARIDAD, BENEFICENCIA DE LOS RICOS.

El rico debe considerarse únicamente como dispensador de los bienes que le ha confiado la Divina Providencia. (NEUVILLE.)

No consiste la felicidad de los ricos en los bienes que poseen, sino en el bien que pueden hacer. (FLECHIER.)

El que se acostumbra á la prosperidad se hace insensible á ella, pero siempre siente la dicha de ser autor de la prosperidad de otros. Todo beneficio lleva á nuestra alma ese tributo dulce y secreto. El largo uso de todos los placeres endurece el corazón, pero el de la beneficencia le hace mas sensible cada dia. (MASSILLON.)

El manantial de la felicidad mas pura é inagotable son las buenas acciones y los afectos tiernos:

Nos procura paz interior una especie de dulce voluptuosidad que derrama su encanto en todas las ocupaciones y hasta en la simple existencia:

Acostúmbrate desde niño á ser caritativo, pero con caridad dirigida por la razon y la justicia:

No des jamas por librarte del espectáculo de la miseria ó del dolor, sino para consolarte con el placer de haberlas aliviado:

No te limites á dar dinero; debes saber tambien que á menudo tus cuidados, tu tiempo, tu talento y los consuelos cariñosos, son mas preciosos que los socorros pecuniarios:

De ese modo no será limitada tu caridad por la fortuna; será independiente, y la ocupacion que te procurará se convertirá para tí en placer puro:

Aprende sobre todo á ejercitarla con delicadeza, con respeto para la desgracia, que dobla el beneficio y ennoblece al bienhechor á sus propios ojos: no olvides nunca que el que recibe es igual por naturaleza al que da; que todo auxilio que trae consigo la dependencia no es un don, sino un negocio, y que si humilla, se convierte en injuria. (*Consejos de un padre á su hija.*)

Estanislao.

Estanislao¹, duque de Lorena, mereció el glorioso título de filósofo bienhechor. Cítanse multitud de rasgos suyos que harán su memoria querida y respetada. El delfín de Francia, su nieto, le pedía un dia que le enseñase el gran arte de hacer dichosos: « Hijo mio, le respondió Estanislao, amad á vuestro pueblo, y ya sabeis mi secreto. »

Habiéndole ofrecido un propietario venderle una posesion que le convenia, envió uno de sus intendentes para que la visitara y se entendiese en el precio. Antes de cerrar el trato escribió el intendente á su amo diciéndole que la heredad valia lo que pedian por ella, pero que estando su dueño algun tanto necesitado, tendria que aceptar el precio que se quisiera señalar. « ¡Podísteis creer, le contestó Estanislao, que seria yo capaz de abusar de una situacion desgraciada? Pagad la heredad en lo que vale. »

Un caballero de su córte, que mas de una vez habia participado de sus liberalidades, se quejaba un dia amargamente de que hubiera tantos establecimientos para los pobres, ademas de los muchos socorros que recibian. « Verdaderamente, añadió, no les falta mas que tener carrozas á su disposicion. — No, amigo mio, no, dijo el rey; demasiadas importunidades tengo ya que sufrir de los mendigos en carroza y me guardaré bien de aumentar su número, pero sí haré lo posible para que nadie vaya descalzo. »

Su mayor dicha se cifraba en poder emplear sus economías en la fundacion de algun establecimiento útil á la humanidad: « No quiero, decia, que cualquiera que sea su enfermedad, dejen los pobres de poder curarse gratuitamente. » Con este objeto vigilaba los hospitales ya esta-

1. Estanislao Leczinski, rey de Polonia, fué destronado; su hija casó con Luis XV. A consecuencia de las victorias alcanzadas en 1738, Luis XV concedió á Estanislao como compen-

sacion el ducado de Lorena, con la condicion de que á su muerte volveria al dominio de Francia. Estanislao murió en 1766.

blecidos, creaba otros nuevos y multiplicaba hasta lo infinito los socorros destinados á los enfermos pobres. Para evitar á la virtud desgraciada la vergüenza de solicitar un socorro útil, destinó una cantidad considerable á la fundación de limosnas secretas. « No debemos preguntar si hay pobres, decia, sino saber dónde están. »

Montyon.

[1733-1821.]

Montyon, magistrado virtuoso y sabio distinguido, poseía una fortuna considerable que empleó sucesivamente, durante su larga carrera, en hacer bien con el mayor sigilo. Su caridad igualaba á su modestia; así es que sus innumerables obras de caridad eran siempre anónimas.

Indicáronle una vez un jóven literato de gran talento, pero escaso de fortuna, y Montyon hizo en secreto que le ofrecieran una pension, sin que se descubriera su nombre. « No acepto el beneficio, dijo el jóven escritor, sino á condicion de conocer la persona que le hace. » La lucha duró algun tiempo, y no hubo medio de vencer ni la modestia del hombre generoso ni la del literato.

Este hombre tan rico despreciaba en sumo grado el lujo y los placeres. Sus deseos eran muy limitados; se mantenía únicamente con legumbres, frutas y leche, abstinencia que prolongó sus dias y conservó su alma tranquila, á la par que le procuraba mayores recursos que poder emplear en su benéfica obra.

Montyon tenia una correspondencia activa y misteriosa con todas las juntas y administraciones de beneficencia. Como por desgracia sobrevivió á toda su familia, se formó otra nueva con los indigentes.

Cargado de años y de virtudes llegó á ese momento fatal que es para el sabio la noche de un bello dia y para el sabio cristiano la aurora de un dia sin fin. Al morir salieron de su tumba los secretos de su beneficencia, pues por su testamento se supo el empleo que habia hecho de su exis-

tencia y los bienes que puede hacer una bien entendida economía. Legó á los hospicios la enorme cantidad de tres millones de francos, y á la Academia de Ciencias y á la Academia francesa dotaciones para fomentar los trabajos útiles á la humanidad y obras útiles á las costumbres, é igualmente dejó otros para premiar las acciones virtuosas practicadas en la oscuridad y en la indigencia.

Anicio.

El año 383 faltó la cosecha en toda Italia, y se encontró Roma amenazada por el hambre. Para evitar esta calamidad, se hizo salir de esta ciudad á todos los que no habian nacido en ella ó no estaban domiciliados. Estos infelices, errantes y sin auxilios por las estériles campiñas, se veian reducidos á mantenerse con bellotas, raíces y frutas silvestres. Su desdichada situacion inspiraba compasion generalmente en todos los corazones, pero nadie la sintió en tanto grado como Anicio, prefecto de la ciudad. Era un anciano caritativo y decidido. Reunió á los ciudadanos mas ricos y les habló en estos términos: « ¿Qué estamos haciendo para prolongar nuestra vida? ¿Dejamos perecer á los que trabajan por sostenerla! Estos forasteros que desterramos, ¿no son acaso nuestros operarios, nuestros sirvientes, nuestros mercaderes, y aun algunos nuestros parientes mismos? ¿No privamos á nuestros perros de su alimento y se lo quitamos á los hombres! ¿Quién querrá en adelante con su trabajo ó con su comercio procurarnos lo necesario para la vida? ¡Sacrifiquemos ántes nuestras riquezas y salvemos á esos desgraciados! Abrámosles las puertas de la ciudad, y para comprar el trigo necesario para ellos, demos todo nuestro dinero, y si es preciso vendamos nuestras alhajas y nuestros muebles; de ese modo seremos bendecidos por Dios, estimados de los hombres y viviremos contentos de nosotros mismos. »

Tan viva fué la emocion que produjo este discurso en el ánimo de los circunstantes, que hasta los mas avaros se

mostraron generosos. Se hizo venir trigo de todas partes, se abrieron las puertas á los que se habia expulsado y se proveyó á su subsistencia.

Montesquieu.

Montesquieu, uno de los mayores genios que ha producido la Francia, iba frecuentemente á Marsella á visitar á su hermana.

Un domingo quiso dar un paseo por el mar y entró en una lancha que dirigia un jóven como de diez y ocho años: soplabá una brisa suave, el cielo estaba sereno, el mar en calma, y como iluminado por los rayos del sol poniente. Montesquieu se hallaba como embriagado por las delicias de aquel paseo. Comunicó lo que sentia al jóven marinero quien le respondió discretamente y con elegancia. Admirado de su lenguaje distinguido, notó entónces Montesquieu que el cútis de aquel jóven estaba ménos curtido y sus manos eran mas blancas que las que ordinariamente tiene la gente de mar, y le manifestó su extrañeza. « Yo no soy marino, dijo el jóven, estoy empleado en casa de un negociante. He hecho todos mis estudios en el colegio; ahora aprovecho los domingos y dias festivos para pasear los extranjeros ú otras personas por el puerto con objeto de ganar algun dinero. »

Al oír esto creció de punto la sorpresa de Montesquieu. « Me choca vuestra conducta, dijo; sin duda encierra algun misterio. — ¡Ay señor! ese misterio es bien fácil de explicar y bien triste al mismo tiempo; mi padre que era un honrado negociante de esta ciudad, se embarcó una vez llevando mercancías que eran toda su fortuna, pero el buque fué apresado por los piratas de Marruecos, le llevaron como esclavo á Tetuan¹, y piden 6,000 francos por su rescate. No nos ha quedado nada; mi madre, mi hermana y yo tra-

1. Tetuan, ciudad y puerto de Marruecos cerca del Mediterráneo, fue

tomada por los españoles en 1660, en la guerra contra esa nación.

bajamos sin descanso para reunir esta suma, pero por mas economía que empleemos, es preciso vivir; ¡da tan poco de sí el trabajo de dos mujeres! y luego mi principal me da todavía un sueldo muy corto.... Ved ahí, señor, por qué



Paseo por el mar.

los dias festivos me pongo al servicio de los que quieren pasear por el puerto. »

Profundamente impresionaba esta relacion á Montesquieu, quien admiraba los bellos sentimientos del jóven, aunque disimulándolo, y continuó interrogándole, por cuyo medio supo el nombre de su padre y el del pirata que le

tenia cautivo. El jóven se sentia arrastrado hácia aquel desconocido por un encanto indefinible y le confiaba ingenuamente sus menores pensamientos, con lo que se aumentó la estimacion y bondad que habia inspirado á Montesquieu. El paseo se prolongó hasta bien entrada la noche. Al desembarcar entregó Montesquieu al jóven dos monedas de oro como recompensa de su trabajo. « Yo no sé á quién he llevado hoy en mi lancha, decia para sí Roberto (éste era su nombre), pero de seguro no es un hombre ordinario; jamas olvidaré esta noche. »

Seis semanas despues hallábanse Roberto, su madre y su hermana sentados á la mesa ante una frugal comida, y hablaba el jóven todavía del desconocido cuyo semblante y noble lenguaje habian quedado grabados profundamente en su memoria, cuando se abre la puerta de pronto y se presenta á sus ojos... el padre y el esposo cuya ausencia lloraban todos los dias.... Habia sido pagado su rescate y le habian entregado una cantidad suficiente para los gastos del viaje.

Pasados los primeros momentos de transporte, preguntó Roberto (que así se llamaba tambien el padre): « ¿A quién debo mi libertad? — ¡Ah! no me queda duda, dijo el jóven, que es á ese desconocido de quien hablo á mi madre tan a menudo. ¡Oh si yo le encontrara, cómo le manifestaría el agradecimiento de la familia que ha hecho dichosa! »

Una vez Roberto entre los suyos, no le faltaron amigos y apoyo. El éxito superó sus esperanzas, pues cuatro años despues adquirió un modesto bienestar; sus hijos participaban de su felicidad, la que hubiera sido completa si las continuas pesquisas de su hijo hubieran descubierto aquel bienhechor que con tanto cuidado se ocultaba á su agradecimiento. Pero un domingo por la mañana le encontró al fin en una de las calles mas frecuentadas de la poblacion: « ¡Ah, mi bienhechor! » fué todo lo que pudo decir cayendo á sus piés sin sentido. Apresúrase Montesquieu á darle auxilio y le pregunta la causa de aquella emocion.

« ¡Cómo, señor, podeis ignorarla! contesta el jóven; ¿habéis ya olvidado á Roberto y su infortunada familia á la que dísteis la vida devolviéndola su padre? — ¿Y por qué creéis, amigo mio, que sea yo mas bien que otro cualquiera el que os haya prestado este servicio? Es muy probable que el que lo ha hecho no quiera ser conocido. » Así queria ocultar aquel grande hombre su bella accion en vez de buscar elogios. La multitud atraida por aquella escena llenaba ya la calle, y Montesquieu, desprendiéndose suavemente de los brazos del jóven, desaparece entre los curiosos.

Lacepede ¹.

Lacepede, cuya generosidad igualaba á su talento, fué un distinguido naturalista, gran canciller de la Legion de Honor y superintendente del Jardin de Plantas; ejercitaba la caridad con tal discrecion, que esto mismo acrecentaba su mérito. Llegó á sus oidos que un empleado del Jardin de Plantas, honrado y laborioso padre de familia, á quien conocia particularmente, se hallaba en grave apuro por circunstancias imprevistas, pues habia contraido ciertos compromisos que le era imposible cumplir, y veia con terror llegar el vencimiento de los plazos. Llamóle Lacepede y le habló de esta manera: « Dispensadme si me mezclo en vuestros asuntos particulares, pero he sabido vuestros apuros momentáneos y desco tranquilizaros; veré á vuestros acreedores y trataré de ganar tiempo, pues con el tiempo y la economía se arregla todo. — ¡Ah señor! ¡Yo no sé cómo expresaros mi agradecimiento, pero el todo asciende á 18,000 francos, y mis acreedores son inflexibles! — Dejádme obrar, repuso Lacepede, serenaos y tranquilizad á vuestra familia. » Contando con el crédito y la elocuencia de su protector, el desgraciado empleado se marchó lleno de esperanza. Presentáronse los acreedores al célebre na-

1. Lacepede continuo la *Historia natural* de Buffon. Murió en 1825.

turalista y tanta fuerza tuvieron los argumentos de Lacedepe que consiguió un éxito completo.

Habia pasado algun tiempo sin que el empleado viera presentarse en su casa los semblantes siniestros de sus acreedores, pero encontrando un dia á uno de ellos en la calle, se fué á él, y le dijo estrechándole la mano: «Amigo mio, vuestro modo de proceder es sumamente honroso y podeis contar, no solo con que pagaré muy pronto mi deuda, sino con mi eterno agradecimiento. — No me debeis nada, dijo el hombre algo turbado, ni dinero ni agradecimiento, puesto que M. Lacedepe me ha remitido el importe de parte vuestra.» Se dirige en seguida el empleado á casa de los demas acreedores y adquiere la certidumbre de que todas sus deudas han sido saldadas por la misma mano. Transportado de admiracion y gratitud, con las lágrimas en los ojos, corre á casa de su bienhechor, exclamando en cuanto le ve: «¡Lo sé todo, sé que habeis salvado á mi familia de la indigencia, y á mí la vida!» Al decir esto, se sentó al lado de la mesa de M. Lacedepe disponiéndose á extender un documento de la suma que le debía, pero quitándole éste la pluma de las manos, le dijo: «¿Qué vais á hacer, amigo mio? ¡Yo no soy prestamista!»

Dupaty ¹.

Cárlos Dupaty era un escultor notable por su e'evado carácter y raro talento. Cuando se trataba de sus compañeros de arte, siempre hallaba medio de hacer resaltar su mérito aun á costa del suyo propio, y respecto á sus inferiores, su beneficencia llegaba hasta el olvido de sí mismo. Un dia se le presentó todo turbado un empleado de su taller á quien habia tenido que despedir ántes, y que mas de una vez habia hecho causa comun con los detractores de Dupaty, manifestándole que iban á embargar sus muebles inmediatamente por no poder pagar una letra de cambio, y

¹. Era hijo del autor de las *Cartas de Italia*; falleció en 1825.

en consecuencia su mujer y sus hijos iban á verse reducidos á la mas espantosa miseria. Conmovidó el escultor ante este infortunio, olvida en el instante las invectivas mordaces que aquel hombre habia lanzado contra él, y le pregunta cuál era la suma necesaria para conservar su honra y su libertad. «Si no encuentro 3,000 francos dentro de dos horas, dijo, estoy perdido. — ¡3,000 francos! contesta el artista, es una cantidad bastante fuerte....» Y diciendo estas palabras, entra en su gabinete, tira del cajon de su mesa de despacho donde encuentra la suma necesaria (era todo lo que poseia en aquel momento), vuelve al demandante y le dice: «Aquí teneis los 3,000 francos que necesitais; sé que hago favor á un ingrato, pero eso corre de vuestra cuenta. Id, y salvad á vuestra mujer y á vuestros hijos de la desesperacion y de la indigencia.»

Garrick.

[Siglo XVIII.]

Un hombre universalmente estimado en Lóndres habia pedido prestada á Garrick la cantidad de 500 libras esterlinas¹, entregándole el correspondiente recibo, pero poco tiempo despues, vió comprometida su fortuna á causa de algunas quiebras inesperadas.

Deseando librarle del compromiso sus parientes y amigos, se reunieron un dia para formar la lista de sus acreedores con el objeto de entenderse con ellos.

Sabedor Garrick de lo que ocurría, léjos de sacar partido de aquella circunstancia que le aseguraba el pago de la suma prestada, puso el recibo de su deudor dentro de una carta que le remitió concebida en estos términos: «Acabo de saber que hoy teneis una reunion de amigos; me hubiera alegrado de tomar parte en la fiesta y por tanto os ruego me permitais participe de ella. Hace frio, y como no dudo hareis buen fuego para recibirlos, os envío ese papel que servirá para encenderle.»

¹. La libra esterlina, moneda de cuenta en Inglaterra, vale 25 francos.

La señorita Barrau.

Esta señorita, hija de un magistrado de Cahors, dedicó toda su fortuna al socorro de los pobres, prodigando su patrimonio entero en obras de caridad. Fundó una casa de instruccion y de trabajo para los niños indigentes, en donde acogia á las niñas que, gracias á su celo, aprendian á leer, escribir y á practicar los deberes religiosos. Tres personas la asistian en su noble tarea y otras la auxiliaban con sus recursos. Una de éstas la dijo un dia: «¿No temeis que alguno de los niños por quienes os han prometido señalar una pension, quede á cargo vuestro? ¿qué haríais, vos que tantos niños pobres habeis adoptado, si tuviérais que encargaros de todos ellos?—Bien tendria que hacerlo,» contestó con la ingenuidad y franca alegría que reflejaba su alma. A aquel establecimiento añadió otras obras del mismo género que apenas bastaban á su ardiente caridad. Veíase la socorrer á los enfermos pobres, á las paridas indigentes, visitar las cárceles, y sobre todo llevar sus consuelos á los condenados á muerte.

Hace pocos años se hallaba próxima á subir al cadalso una desdichada mujer que difícilmente podia resignarse á las exhortaciones de esta piadosa señorita, hasta que al fin la manifestó en estos términos el estado de su corazón: «Moriria tranquila, dijo, si supiera que os encargábais de mis tres pobres hijas.» Semejante proposicion podia alarmar la caridad mas decidida, porque convertirse en madre adoptiva de los hijos de un ajusticiado era desafiar una preocupacion, injusta indudablemente, pero muy arraigada en general, y por lo mismo requeria un valor á toda prueba ponerse en relacion directa diariamente con aquellos seres desgraciados. Sin embargo, la señorita Barrau no titubeó un instante; se encargó de su subsistencia y de su instruccion, las hizo aptas para el trabajo, consiguió educarlas convenientemente, y hoy ve con satisfaccion que su conducta corresponde á sus desvelos.

La modestia de esta señorita iguala á su generosidad; sin saberlo y bien á pesar suyo ha sido revelada su caridad; la publicidad de sus buenas obras le ha causado bastante pena.

Mistress Howard.

[Siglo xviii.]

El célebre filántropo inglés tuvo la dicha de hallar una esposa de tan buen corazón como el suyo. Ocupábase Howard un dia en arreglar la cuenta de uno de sus correspondales, y, contra lo que esperaba, halló que la balanza estaba en su favor. En seguida propuso á su esposa emplear aquella cantidad para hacer un viaje de recreo y pasar algunos dias en Lóndres. «¡Qué linda casita se podría edificar para una familia pobre con ese dinero!» tal fué la respuesta de mistress Howard, consejo que se ejecutó luego. Una buena accion vale mas que el placer de un viaje.

Eugenio.

Un pobre labrador de las cercanías de Amboise habia dejado al morir su mujer y cuatro hijos de corta edad en la miseria; poco tardó su esposa en seguirle á la huesa.

Reuniéronse los parientes, y cada familia se encargó de uno de los tres niños mayores, pero no hubo nadie que tomara el cuarto, que apenas contaba seis meses. Uno de los parientes salió á pedir el parecer de un eclesiástico que tenia á su cargo la educacion de los niños en una quinta de los alrededores.

No halló el sacerdote otro medio que enviar la desgraciada criatura á la inclusa de Blois ó al hospicio de Tours; pero Eugenio, uno de sus discípulos, de edad de doce años, exclamó al oirlo: «Yo me encargo del niño; vamos á verle.»

Para probarle que no podrá hacer frente á los gastos, le hace su profesor algunas objeciones, particularmente que su padre tiene ya á su cargo multitud de pobres.

« ¡ Cómo, mi querido maestro! ¿No veis este buen labrador que viene á consultaros con la mayor confianza, que apenas puede mantener su propia familia, y á pesar de eso encuentra recursos en medio de su escasez, para encargarse de uno de esos pobres huérfanos, y yo, hijo de un rico, no habia de hallar modo para venir en auxilio de esa criatura? Con la mayor satisfaccion dedicaré todo el dinero que gasto inútilmente en golosinas, y ademas estoy seguro de que mi padre no se negará á ayudarme. Vamos en seguida á tranquilizar su familia. »

Pónense, pues, en marcha, llegan á la casa; el tierno niño dirige sus bracitos á su jóven bienhechor, que le acaricia entusiasmado, y dice así á los parientes mas cercanos:

« No os inquieteis por este niño; yo me encargo de él, y desde este momento corre de mi cuenta; proporcionadme una nodriza lo mas cerca de mi casa, pues quiero estar cerca de él para cuidar de que nada le falte. »

Desde este momento, aquel buen jóven empleaba todo el tiempo que le dejaban libre sus estudios en velar por su protegido, sacrificando en su favor todo el dinero de que podia disponer. Cuando llegó el tiempo pagó su aprendizaje para enseñarle un oficio y le puso en disposicion de ganar honradamente su subsistencia.

Las camisas nuevas.

[Siglo xix.]

Inagotable era la caridad del venerable Daviau de Bois de Sanzay, uno de los últimos arzobispos de Burdeos, pues nada era suyo, todo de los pobres. No podian conseguir sus allegados hacer que se proveyese de lo mas necesario. Estaba casi exhausto de ropa interior, y cuando le hablaban de reemplazarla, contestaba: «Aguardad un poco, ya veremos luego. »

Su ama de llaves empleó una astucia ingeniosa para procurarle lo que le faltaba. « Señor, vengo á mi vez á imploraros para una obra de caridad, le dijo. — ¿De qué se

trata, Juanita? Desde el momento que se trata de alguna persona que os interesa, estoy dispuesto á ello. — Quisiera que me permitierais emplear mis ratos de ocio en hacer algunas camisas para un pobre anciano que tiene gran necesidad de ello, y he pensado que no tendríais inconveniente en procurar la tela; os aseguro que será una obra de caridad bien empleada, pues el pobre viejo es digno de vuestra bondad y no tiene mas recursos sino los que podais suministrarle. — De buena gana, contestó el arzobispo; tomad estos doscientos francos, es todo lo que me queda, haced las camisas á ese pobre viejo, y si necesita otra cosa, acudid á mí, no temais importunarme. »

Por este medio tuvo el arzobispo camisas nuevas.

Un propietario generoso.

[Setiembre de 1846.]

El dueño de una casa de la Cruz Roja¹ tenia por inquilino en una de las boardillas un pobre trabajador, padre de familia, y de conducta ejemplar, que le debia ya seis meses de alquiler. Sube un dia á su habitacion, y su visita causa una gran conmocion en la familia. El honrado obrero era poco afortunado: estaba enfermo, sin recursos, y por lo mismo en imposibilidad de pagar. Al ver el propietario el cuadro que tenia delante, le dijo: « Amigo mio, no podeis continuar aquí. » Perdió el color su inquilino, pues por aquellas palabras comprendió que su casero le despedia. « No, continuó aquel hombre caritativo, no podeis continuar aquí, pues estais muy mal y vuestra familia es muy numerosa; ireis dos pisos mas abajo y tendreis dos habitaciones. El alquiler será el mismo y me pagareis cuando podais. »

Respuesta discreta.

Reprochaban á un sábio por haber dado limosna á un

1. Arrabal de Lyon (Francia), habitado por trabajadores.